

Encomendábanse a la Virgen de Guadalupe los ocupantes de naves que naufragaban¹

María Ugarte

Guadalupe es el corazón de Extremadura, la región española que más hombres aportó a la conquista de América. Y Guadalupe es el nombre de una virgen que llega hasta nosotros rodeada de leyendas y devociones.

Esta virgen, chiquita y morena, tiene una historia tejida de milagros. Dice la tradición que fue el evangelista San Juan quien la creó y que de las tierras de Acaya y de Bizancio, Roma y Sevilla, llegó como regalo de amistad de un pontífice llamado Gregorio a un arzobispo que ascendió a santo con el nombre de Leandro.

Este viaje tan extenso como difícil, no habría de ser el último que transitara la piadosa imagen, porque en el siglo VIII, ante la invasión sarracena, la ocultaron unos clérigos de Sevilla para evitar que la profanaran aquellos pueblos extraños que adoraban a otros dioses. Y fue precisamente Guadalupe, nombre que significa río escondido, donde los religiosos bien intencionados habrían de enterrar la pequeña escultura en un lugar tan inhóspito como hermoso.

1. Publicado como “Estampas coloniales” en el periódico *El Caribe*, p. 4. Santo Domingo, 25 de octubre de 1997.



Al irse retirando los invasores hacia el sur empujados por las huestes cristianas, ocurrió en muchos lugares de la Península Ibérica que algún labriego o pastorcillo encontraba sorpresivamente una imagen sagrada enterrada siglos atrás. Este fue el caso de nuestra virgencita que, rescatada por un zagal llamado Gil Cordero, recibió el nombre de aquel prodigioso entorno; Guadalupe. Nombre que pronto habría de ser célebre y que ha seguido siéndolo hasta el día de hoy.

Allí, en medio de un paisaje paradisíaco, y por mandato expreso de la virgen, se erigió una ermita y éste fue el inicio de una devoción entrañable que se extendió por todo el mundo conocido, gracias a las noticias de los milagros que se sucedían constantemente.

En el siglo XIV, durante el reinado de Alfonso XI, es, realmente, cuando se inicia la historia del santuario, porque este monarca, a raíz de la batalla de El Salado contra los musulmanes, cuya victoria atribuyó a la intercesión de aquella virgen, amplió la ermita, fabricó hospitales para peregrinos y construyó, hacia 1336, el templo de arte mudéjar-toledano que gloriosamente perdura todavía. Con los padres jerónimos, el santuario se convirtió en “*antorcha de la fe, siempre encendida en los senderos de América*”, como dijera un franciscano, Sebastián García, en un delicioso libro sobre el lugar sagrado.

La virgen de Guadalupe sirvió de paño de lágrimas y faro de esperanza a todos aquellos que se encontraban en graves peligros. Su advocación se propagó por el Nuevo Continente.

Y extrañamente, no era la virgen de La Rábida, también chiquita, también milagrosa, ante la cual oró el Descubridor la víspera de emprender su primer viaje, ni tampoco la virgen de La Antigua, venerada en la catedral de Sevilla, sino la virgen



Encomendábanse a la Virgen de Guadalupe los ocupantes de naves...

guadalupana a la que todos invocaban y a cuyo santuario prometían peregrinar, si lograban salvar sus vidas, o realizar sus deseos.

Camino a Guadalupe muere Diego Colón

Cuenta Oviedo también, en el capítulo VI del libro 4 de su *Historia General y Natural de las Indias*, como el almirante don Diego Colón, al llegar a España en el mes de enero de 1524, llamado por el Emperador, estuvo con la corte en Victoria, luego en Burgos, más tarde en Valladolid, después en Madrid y, finalmente en Toledo, donde permaneció durante el año de 1526, fecha en la que el monarca decidió trasladarse a Sevilla.

El pobre don Diego seguía a la corte sin que pudiese en este tiempo de cansado recorrido por las tierras de España, hablar de sus problemas con don Carlos. El segundo almirante de las Indias, el hijo y heredero del Descubridor, recorría las largas jornadas cansado y triste. En esos tiempos, dice Fernández de Oviedo, “*había adolecido e estaba ya muy enfermo e flaco*”. Pero, a pesar de su delicado estado de salud, quiso seguir tras el Emperador y “*acordó hacer su camino por Nuestra Señora de Guadalupe*”. Camino por cierto difícil para una persona que, como él, estaba en condiciones físicas muy precarias. Quisieron sus amigos convencerle de que se quedase en Toledo, donde “*no faltaban médicos singulares y medicinas*” ni las otras cosas “*que conviniesen para su curación*”; pero don Diego se obstinó en partir hacia Sevilla, con la esperanza de que, desde allí, pronto podría regresar a la querencia de su mujer y de sus hijos, allá en Santo Domingo.

Explicó el almirante a sus amigos que

“*él se quería ir por nuestra señora sancta María de Guadalupe porque esperaba que ella le daría esfuerzo para tal*



jornada; y que en bendita casa quería tener novenas, y desde allí irse tras el Emperador nuestro señor”.

Nada pudieron los consejos y las advertencias de sus amigos. Don Diego partió de Toledo un miércoles 21 de febrero, en una litera o andas en la que llegó al mismo día a una villa llamada Puebla de Montalbán, a seis leguas de Toledo. Y allí su enfermedad se agravó y el 23 de febrero, a las nueve de la noche, entregó su alma a Dios *“con mucha contrición y acuerdo”*.

Seguido que expiró, cuenta el cronista,

“sus criados tomaron su cuerpo e llevaronle a Sevilla al monasterio de las Cuevas, de la Orden Cartuja, e pusieronle allí, junto al cuerpo de su padre”.

El empeño de don Diego por llegar a Guadalupe quedó frustrado, pero dejó constancia de su inmensa devoción a la virgencita morena que se venera en su santuario.

Se salvan de ser comidos por sus compañeros

El año de 1513, según cuenta Fernández de Oviedo en el capítulo III de su libro 50, partió una nao de Santo Domingo hacia el Darién, donde estaba por capitán Vasco Núñez de Balboa. Cargaba la embarcación hasta 50 o 60 personas entre tripulación y pasajeros. Perdióse la nave por impericia del piloto, y los tripulantes, en forma egoísta y desconsiderada, sacaron la barca de salvamento de la nave siniestrada y se montaron en ella, diciendo a los acongojados pasajeros que iban a buscar ayuda en el Darién, desde donde les enviarían alguna carabela a socorrerlos. Impidieron a todos y a cada uno abordar la barca por ellos ocupada y los dejaron abandonados en tierra desconocida, entre indios bravos, sin piedad ni misericordia.



Encomendábanse a la Virgen de Guadalupe los ocupantes de naves...

Enfrentados a los indios y convencidos éstos de que aquellos infelices cuyo número rondaba los 35, no iban a buscar oro ni a disfrutar de sus mujeres, les dieron de comer, que es lo que pedían, y en su compañía estuvieron los naufragos unos 50 días, hasta tanto que, convencidos de que los tripulantes de la nave siniestrada no regresarían a buscarlos, hicieron una barca con las tablas de la nao, que resultó de *“mal talle e poco labrada”* y los sobrevivientes de aquel desastre se hicieron a la mar en ella, *“sin aguja ni carta de navegar ni piloto”* y sin saber adónde dirigirse. Terrible fue la travesía. Sólo quedaban doce de los aproximadamente 35 que zozobraron.

Una nao capitaneada por Francisco Vázquez Coronado avistó aquella rústica y maltrecha embarcación y salvó a sus hombres quienes precisamente en ese día, se proponían echar a suerte a aquel de ellos que sería matado para que, con su carne, pudiesen alimentarse los demás. Tocole la suerte a un tal Álvaro de Aguilar, quien estaba ya a punto de ser víctima de aquel necesario acto de canibalismo, cuando la nave salvadora le redimió del sacrificio.

El que escapó de morir, el referido Álvaro de Aguilar, junto al segoviano Antón de Salamanca y un llamado Ternero, dijeron al cronista Fernández de Oviedo, al preguntarles éste que oración rezaron o qué voto prometieron, le respondieron que cada uno *“se encomendaba a Dios e lloraba sus culpas; pero el Álvaro de Aguilar y el Antón de Salamanca y el Ternero”*, le dijeron que

“se había votado en ir en romería a Nuestra Señora de Guadalupe, e que así creían que la Madre de Dios milagrosamente les había escapado de tan señalados trabajos”.



Aparición de la Virgen de Guadalupe

Corría el mes de septiembre de 1533. Una nao que procedía de España rumbo a Santo Domingo navegaba con muy buen tiempo con todas las velas desplegadas. Era maestre de la embarcación Cristóbal Vera. Ante un problema surgido en el equilibrio del peso, por estar mal distribuida la carga, decidieron “*hinchar*” de agua salada tres pipas y las colocaron en aquella parte del navío que pesaba menos.

Ocurrió que un marinero, pocos días después entró debajo de la cubierta con una candela encendida para buscar algo “*e hacer lo que le convenía e despabiló aquella candela*”. Cuenta Gonzalo Fernández de Oviedo en el capítulo VII del libro 50 de su *Historia*, que la nave se llenó de humo que salía por debajo de la cubierta. Al descender al lugar de donde procedía el fuego, se encontraron que ya éste se había extendido, quemando

“un cable nuevo o maroma, con el que se suelen amarrar e fijar las anclas e habíase quemado asimismo una caja de ropa e otras cosas que allí cerca había, con un ardor secreto y sin llamas porque no había lugar por do salir el fuego”.

Cundió el pánico con el mismo ímpetu que crecía el fuego y las más de cien personas que se encontraban a bordo pensaron que su último día había llegado.

Suerte que aquellas tres pipas de agua salada que días antes habían colocado bajo la cubierta para nivelar el peso de la nave, se encontraban muy cerca de donde ardía el fuego, y, al ser desfondadas y rotas por la tripulación, vertióse su contenido “*matando el fuego o al menos la mayor parte de él*”. Tuvieron los marineros tiempo para sacar más agua de la mar y de acabar con ella de extinguir el incendio, escapando así de un peligro “*tan señalado e de muerte tan cruel*”.



Encomendábanse a la Virgen de Guadalupe los ocupantes de naves...

Entraba la embarcación en el puerto de Santo Domingo el viernes en la tarde del 19 de septiembre de ese mismo año de 1533, a los ocho días de haber acaecido el peligroso episodio. Pasado un tiempo y tras haber tomado “*refresco de agua e leña e lo que más convino*”, siguió su camino hacia la Nueva España adonde iba fletada.

Gonzalo Fernández de Oviedo, curioso como buen cronista, indagó detalles sobre el accidente y una mujer de bien, Catalina Sánchez, a quien albergó en su casa todo el tiempo en que la nave permaneció en puerto, le contó en forma pormenorizada “*como testigo de vista*” que en aquel tiempo

“que el fuego en la nao andaba, eran muchos los gritos e clamores de los pasajeros, e con tantas lágrimas e devoción como se puede e debe creer; e que dos personas de los que allí iban, afirmaban haber visto a Nuestra Señora de Guadalupe en aquel mayor peligro en que estaban, e que así pensaban e creyeron que se habían salvado por su medio”.

Y no hay que dudar que quienes pusieron su confianza en la virgen pequeña y morena, si algún día regresaban a la Madre Patria, encaminarían sus pasos hacia aquel santuario que se yergue majestuoso entre montañas, para agradecer a Nuestra Señora de Guadalupe el milagro de haberles salvado de una terrible muerte.





María Ugarte en sus últimos años. Fuente: Archivo de Emilio Cordero Michel.

